



DON RAMÓN CARANDE Y EL CAMPO

Por

MANUEL MORENO ALONSO
Catedrático de Historia Contemporánea
(Universidad de Sevilla)



Don Ramón Carande y Thovar (1887-1986), economista e historiador, es una figura nacional. Catedrático y Rector de la Universidad de Sevilla en el último año de la Dictadura de Primo de Rivera, es sobradamente conocido como uno de los más destacados historiadores españoles por su gran obra, *Carlos V y sus banqueros*, cuyo tercer tomo escribió cuando tenía ochenta años. Particularmente en Sevilla y su provincia, su nombre, como catedrático de Hacienda Pública y Economía Política en la Universidad Hispalense, fue una leyenda (no siempre positiva) durante el tiempo de su ejercicio, desde 1918 hasta su jubilación en 1957. Todos cuantos estudiaron Derecho en Sevilla en aquellos años y «sufrieron» sus clases contribuyeron a extender el mito que le envolvió en vida¹.

En una ciudad como Osuna, de la que tantos alumnos pasaron por sus manos, la leyenda del sabio y «raro» catedrático —en verdad *homo rarissimus*— sigue viva. En el prólogo a un estudio sobre la Sociedad Económica de Amigos del País de Osuna (1975), en el que se abordaba el escaso interés de aquella por los temas agrarios a pesar de su importancia, don Ramón se limitó a señalar el carácter «minoritario» de dicha Sociedad, que «encontraba en sus radios de acción local adversarios recelosos, indolentes, fanáticos y tenaces». Pues, con frecuencia, muchos de los sujetos que se ocuparon del campo —nobles, clérigos, burgueses y artesanos— lo hicieron superficialmente, como lo harán después tantos intelectuales cuando pontifican sobre el campo sin, verdaderamente, entenderlo².

En este mismo sentido, en la apasionante biografía de Carande, un aspecto poco conocido es su relación con el campo. Sin embargo, difícilmente puede entenderse su vida y su obra —la de hombre de ciudad y ciudadano del mundo— si lo desligamos del campo, con el que se halla enraizado desde su infancia. Aunque la ciudad ha moldeado su talante liberal y humanista de sabio, no tiene nada que ver con los «misérrimos urbícolas», de que habló Ortega, que se encuentran perdidos al llegar al campo, a un campo lejano e ingenuo, desde donde no se oye el resplando de la ciudad. Muy por el contrario, nuestro protagonista afirma que «la vida en el campo es la más apetecible, y la menos irritante. Se oye un rebuzno, y nadie se llama a engaño. Se sabe que es un burro. En la ciudad es todo lo contrario»³.

Don Ramón es, como dijo de sí mismo el gran historiador Fernand Braudel, «un historiador de estirpe rural»⁴. Nació en un pueblo de Castilla, en el que vivió su infancia no ya solo al lado de su padre sino de su abuela que, como en el caso del historiador francés, «fue la pasión de mi infancia y de mi juventud», que nunca dejó de recordar hasta el final de sus días. Experiencia que amplió cuando su padre se estableció

en pleno medio rural, en su finca de Almendral, en la Extremadura profunda. En uno y otro medio no tardaría en saber el nombre de las plantas y de los árboles, aparte de conocer a cada uno de los habitantes, desde el herrero o el carrero hasta los leñadores ocasionales.

En su controvertido discurso de apertura del curso 1948-1949 en la Universidad hispalense, hay cantidad de alusiones en alabanza del campo. Comienza por citar al historiador Taine, quien afirmaba que «los más sustanciosos genios humanos han sido aldeanos o descendientes de estos». Y continúa con Erasmo, de quien dice que «aprendió a discurrir cabalgando a lomos de su mula». Discurso en el que hace suyas las palabras de Ramón y Cajal, cuando elogiaba a los «heroicos labriegos de nuestras mesetas». Sin ambigüedad alguna, don Ramón manifiesta su preferencia por el «contacto con el alma del pueblo» frente a la «literatura ciudadana» del señorito de ciudad. Mostrándose de acuerdo con Cajal, parece desechar también el noble juego del ajedrez, «radicalmente convencido de que lejos de ejercitar la inteligencia, como se ha dicho por muchos, el ajedrez la desentraña y la gasta»⁵.

Su sensibilidad por el bosque y los árboles le llevará a mostrar su preocupación en Sevilla por los daños que ha advertido en el árbol monumental que da fisonomía a la plaza de San Leandro, su «laurel de Indias», del que advierte que, científicamente, se llama *ficus retusa*, de la familia de las moráceas.

Carande comprende el campo de una forma distinta a como lo hace el hombre de ciudad. Lo expresa muy bien en una carta al historiador Valdeavellano en el verano de 1971, cuando le escribe desde Oxford: «Me sé de memoria el nombre y el tipo de unas doscientas familias de árboles y de tantas otras variedades de flores; éstas puede decirse que se renuevan allí cada semana. Han sido las plantas mis asiduos interlocutores, sin que ningún estruendo urbano interrumpa nuestras comunicaciones»⁶.

A medida que aumentan sus años «alarga sus estancias campesinas». Por ello siempre le interesará perseguir, desde cerca, las correlaciones de la naturaleza y de la vida social, en el arte como en la ciencia. Como historiador, sus deducciones y hallazgos tienen mucho que ver con el hombre de campo que siembra y cosecha. En alguna ocasión recuerda cómo Ortega presenta a un campesino castellano que exclama, ante una pintura rupestre: «¡Rediez, y qué propia está esa vaca pariendo!»⁷. Bien se comprende que cuando su amigo Rafael Pérez Delgado le dedique su libro *Los clásicos en Antonio Machado*, llame a Carande, «docto y campesino». Desprovisto en el campo totalmente de su personalidad social urbana, este amigo se sienta con él muchas veces en el tocón de

¹ De la vida y obra de Carande me he ocupado recientemente en mi libro, *Ramón Carande. La historia y yo*, Pamplona, Ed. Ugeux, 2020, 650 pp., en el que el lector encontrará la identificación completa de las referencias citadas.

² Ramón Carande, prólogo a Enrique Soria Medina, *La Sociedad económica de amigos del país de Osuna*, Sevilla, Archivo Hispalense, 1975, p. XIII.

³ CARANDE, R., *Galería de amigos*, 175.b.

⁴ BRAUDEL, F., «Mi formación como historiador», en *Escritos sobre la historia*, Barcelona, Altaya, 1997, 12.

⁵ CARANDE, R., *Discurso leído en la solemne apertura del curso de 1948 a 1949*, p. 45.

⁶ *Biografía ilustrada*, 215.

⁷ Prólogo a Rafael Pérez Delgado, *Bartolomé Esteban Murillo*, Madrid, Ediciones Giner, 1972, p. 12.

una encina de su finca hablando de mil cosas con otros tantos interrogantes sobre hechos concretos⁸.

Cuando habla y cuando escucha, le gusta discurrir y hacer averiguaciones como los campesinos de su tierra, en la que ha vivido parte de la niñez y con la que estará en continuo contacto hasta su muerte. Incluso cuando lo vemos fumando en pipa –que fuma desde sus tiempos de institucionista–, más que un intelectual remilgado parece un hombre de campo, tocado con la boina castellana y su bastón. Aunque, ya después de los años de escasez, esté aprovisionado del mejor tabaco en lata redonda.

En cuanto a su atuendo, entre las abundantes fotos que de él tenemos, lo vemos también con capa –la capa española, en su modalidad madrileña o sevillana–, cuya maniobra de embozamiento, en su caso, sería bien particular. Aunque, decididamente, prefiere vestir más a la moderna, excepto cuando ya es anciano en que, en algunas fotos, se advierte su gusto por ir vestido a la usanza de Unamuno, aunque cuidándose de no parecer un pastor protestante.

Su visión de la realidad del campo y del campesino es real y auténtica. Nada que ver con la idílica de Fernando de los Ríos que, según contará, cuando vino a España el «famoso pensador inglés» Chesterton, le invitó a una excursión a Toledo. Y al columbrar en el camino un grupo de «labriegos» que estaban comiendo paró el coche e invitó al escocés a «verlos comer».

Llegamos –dirá–; me reconocen algunos de los campesinos y, con frase señera, me dicen: Don Fernando y la compañía, ¿quieren compartir nuestra merienda? Agradecemos; nos sentamos. Ellos están en el surco, en la besana, reposando. Y Chesterton advierte enseguida en qué consistía el espectáculo único: era en la maravilla de las maneras, de los gestos de la pulcritud con que los labriegos comían. Aquel pedazo de queso y de tocino, con un trozo de pan y un tomate, eran comido con señorío, con distinción, con elegancia; con tal pulcritud, que cuando terminó la merienda y nos fuimos, Chesterton rompió el silencio para decirme: ¡Qué cultos son estos analfabetos!⁹

Otra cosa es que el escritor escocés captara perfectamente la idea que don Ramón tenía de los analfabetos españoles, de los que le hablaba siempre elogiosamente Pedro Salinas: la cultura del «pobre hombre de campo que no sabe leer ni escribir». Una cultura que dimana de una larga y profunda tradición oral, «algo como una filosofía y una poesía» que se aprende por el oído, de padres a hijos, por herencia, «un gran arte literario popular», por decirlo así. Lo que constata de sobra la colección de más de veinticinco mil refranes, en los que, desde el siglo xv, aquellos representan en labios del pueblo su experiencia de la vida, y aunque un hombre no sepa leer, no por ello es un inculto ni un bárbaro¹⁰.

En su actitud ante el campo pesa su condición de heredero, propietario, terrateniente y rentista. Tiene razón Gonzalo Anes al decir que, gracias a unos bienes que tenía en el campo, estos «le dieron libertad, supo acrecentarla –la libertad– refugiándose en el campo cuando la ciudad le privaba de sosiego y, por tanto, también de libertad»¹¹.

Su condición de «propietario» –labrador y ganadero– permite imaginarlo también en conversación con corredores y chalanos siempre a la caza del «señorito». No tenía más que encontrarse con ellos en la calle Sierpes de Sevilla, a donde iba Fernando Villalón con la voluntad de no ser engañado por aquellos tratantes (truhanes, prestamistas, corredores de todos los pelos). No en vano ha formado parte, además de testigo y participante, en tertulias de intelectuales, de terratenientes, de marchantes y de registradores de la propiedad.

⁸ *Galería de raros*, 31.

⁹ RÍOS, Fernando de los, *Escritos sobre democracia y socialismo*, 400.

¹⁰ SALINAS, P., «La vida literaria en España», en *Ensayos completos*, III, 325.

¹¹ ANES, G., «Don Ramón Carande, historiador», epílogo a *El atlante patético*, 180.

Hasta podría aplicársele a don Ramón lo que se decía del poeta sevillano mencionado –tan amigo de sus amigos–, que «como buen campesino, se aburría en el campo, aunque se avergonzaba de permanecer en la ciudad. Se sentía tan obligado al campo, que necesitaba disculparse en la ciudad»¹². De sus viajes, con las idas y llegadas a Extremadura, antes de la guerra se hacía eco, en no pocas ocasiones, la prensa extremeña¹³.

Cuando se halla en sus fincas de Extremadura –entre Albuera y Almendral– son frecuentes sus ausencias. Aparte de sus viajes a Madrid, va y viene a Sevilla, siendo viajero habitual de la línea de autobuses La Estellesa. Como en alguna ocasión se ha quedado, sin embargo, colgado, hace su oportuna protesta. É inmediatamente el apoderado de la línea le tranquiliza diciéndole que se ha renovado el recordatorio a los funcionarios de la línea Badajoz-Sevilla y Badajoz-Fregenal para que procuren «por todos los medios» recogerle, guardándole las consideraciones que siempre se le han venido teniendo». ¡Habría que ver a don Ramón cuando el bus pasó de largo y lo dejó en tierra!

El apoderado de la línea se excusaba dándole todo tipo de explicaciones y disculpas:

era muy probable que el día en que nos menciona no le recogieron, debió ser por ir el coche con las plazas todas cubiertas, y quizás también en ese caso concreto, ir el cobrador de relevo, funcionario que no conocerá la deferencia que la Empresa le viene guardando desde hace bastantes años, y además por estar advertidos por nosotros de no admitir más viajeros que los que legalmente tenga el Ómnibus, para evitar con ello, además de las molestias a los señores viajeros, las consiguientes molestias que originaría el visado o el control de carreteras; ahora bien, dados por urgentes viajes que V ha de efectuar, y le repetimos, su afecto de siempre a esta su casa, obligarnos a guardarle deferencias»¹⁴.

Pero a pesar de sus ausencias, en el fondo, a lo largo de toda su vida, don Ramón no dejó de ser un hombre de campo y altamente sensibilizado con éste. Le venía de familia. Caro Baroja, al intentar descifrar el «enigma histórico» de don Ramón, subrayará que «es terrateniente en Extremadura y pasa grandes temporadas del año contemplando los cielos, vigilando las sementeras, recorriendo las dehesas y departiendo con algunos de los pocos campesinos que quedan en esta extraña península, que en ocasión memorable se encrespó al grito de ¡Arriba el campo!».

Su visión de «propietario» se advierte bien cuando en el «raro» Pablo Gutiérrez Moreno cuenta cómo, en uno de sus viajes por México después de la revolución, vio éste a unos campesinos que estaban tumbados en el campo, en un latifundio que les acababan de entregar las nuevas autoridades. Y cuando Pablo les preguntó qué estaban esperando, ellos dijeron: «Ya lo sabe usted, las tierras son nuestras, nos las ha dado el Gobierno». Pablo Gutiérrez les animó: «Me parece muy bien: ahora a trabajar, ¿qué esperan ustedes?». Y los campesinos respondieron: «Estamos esperando que nos manden los obreritos»¹⁵.

El campo –es decir, sus dehesas extremeñas de Capela y Valmojado en la novena provincia andaluza, que es Badajoz–, lo acogieron como su hogar en momentos de turbulencia o desasosiego¹⁶. Lo que no quiere decir que todo transcurrió de

¹² HALCÓN, Manuel, *Recuerdos de Fernando Villalón*, Madrid, Alianza, 1969, 96 y 115.

¹³ *Correo Extremeño*, 12 abril 1928.

¹⁴ RAH, 33. 9/9010. R. Díaz, «La Estellesa», Badajoz, 16 septiembre 1939.

¹⁵ *Galería de raros*, 99.

¹⁶ El cortijo de «Capela» fue construido por el abuelo materno Vicente Thovar y Rico y, tras la muerte de su esposa Pilar Uribe, quedó deshabitado. Manuel Carande Galán murió en la otra finca de Valmojado, en el mismo término de Almendral. Capela estuvo arrendada en parcela durante mucho tiempo hasta que en 1955 Bernardo Víctor la reformó y se quedó a vivir allí. Hoy es el lugar que mejor guarda el recuerdo de don Ramón.

manera bucólica ante la dura realidad del agro. Lo mismo en Extremadura que en sus propiedades de Carrión, en las que, al final, tuvo que pedir el desahucio del aparcerero «por las causas de falta de entrega de la parte de frutos del propietario y deslealtad y fraude en la relación societaria de aparcería»¹⁷.

Capela es la propiedad y el cortijo de un terrateniente, que nada tiene que ver con la muy «modesta» cabaña que el famoso filósofo alemán Martin Heidegger tiene en la Selva Negra, y donde pasaba gran parte del año, como huyendo del tiempo, para refugiarse en el «ser». Un hombre éste, bajo y de ojos oscuros, que parecía un campesino por su aspecto e indumentaria. Por su parte, don Ramón conoció la finca en sus primeros años, cuando vivía todavía su madre, y no volvió hasta pasados los quince, acordándose perfectamente de la casa donde habían vivido¹⁸.

A sus amigos les hablará con frecuencia de sus fincas, enclavadas en el pueblo pacense de Almendral. Aunque, como él mismo aclarará, alabando a su hijo Bernardo, que ha escogido el cuidado del campo, éste ha conseguido el mérito de «transformar una finca abandonada durante dos generaciones, transformarla en los cultivos y mejorarla en las especies». Don Ramón reconoce haberle traspasado las fincas heredadas de su madre «por incapacidad propia y por falta de afición»¹⁹.

Su amigo Dámaso Alonso llegará a copiar para él y enviarle la cláusula del testamento de Garcilaso que se refiere, precisamente, a su pueblo, con la propuesta de que se colocara en la plaza una lápida «sencilla» con la inscripción: «A Elvira, la moza del Almendral desvirgada por Garcilaso de la Vega. Los pueblos no deben olvidar a sus hijos ilustres». Dámaso le quedó muy agradecido por invitarlo a Almendral. «A mí me gustaría muchísimo, aunque desde que me he enterado de que no lleva usted la labor me he enfriado algo», le dirá²⁰.

El lugar, en medio de las grandes dehesas pobladas de encinas de su querida Extremadura, no podía ser más apropiado para amortiguar las asperezas del presente. El regreso a Sevilla, a pesar de ser por elección un hombre de ciudad, hizo que don Ramón se vinculara más con el campo.

Éste –sus propiedades rústicas– fue objeto primordial de su preocupación cuando al final de la guerra, sus bienes extremeños fueron sometidos para su incautación por la preceptiva Comisión provincial. De lo que, finalmente, le libró en una fecha tan temprana como la de mayo de 1939 –al mes siguiente de concluida la guerra– una orden del general jefe del Ejército del Sur, de 20 de enero del mismo 1939, que «acordó dar por terminado dicho expediente sin declaración de responsabilidad»²¹. Bien se explica que cuando, apenas cuatro años después, publicó su *Carlos V*, uno de los destinatarios de sus dedicatorias fue el general Queipo de Llano.

¹⁷ RAH, 8, 9/8985. Ignacio Serrano (catedrático de Derecho Civil en Valladolid) a RC, Valladolid, 16 de julio 1957. Sobre la demanda contra Salomón García Marcos.

¹⁸ «Capela», en *Recuerdos de mi infancia*, 26-27.

¹⁹ *Galería de amigos*, 38.

²⁰ RAH, III, 9/8980. D. Alonso a Carande, s.l.n.f. «Yo creo que soy en cargo a una moza de su onestidad: llámase Elvira, pienso que es natural de la Torre o del Almendral, lugares de Estremadura...» (*Documentos inéditos referentes al poeta Garcilaso*, reunidos por el marqués de Laurencin, Madrid 1915, pp. 81-82).

²¹ *Boletín Oficial de la Provincia de Badajoz*, viernes 12 mayo 1939 n.º 92, p. 4. El magistrado P. Navarro y Ramírez de Verger, secretario de la Comisión provincial de incautación de bienes de Badajoz, notificó este día que el exp. 9/938, seguido en el Juzgado de Instrucción de Olivenza contra el vecino de Almendral, Ramón Carande, quedaba sin efecto por resolución de 20 de enero de 1939. Por lo que se acordaba dar por terminado dicho expediente «sin declaración de responsabilidad». «Lo que se publica para conocimiento de todos y a fin de que el interesado pueda gestionar libre y directamente sus derechos y obligaciones (Badajoz, 8 de mayo 1939. Francisco P. Navarro).

Hasta entonces, sus vivencias del campo eran más bien vivencias familiares de cuando dos familias de Badajoz, los Lobos, que eran liberales, y los Albarranes, conservadores, acaparaban la política. Pero ahora tendrá que pechar con la administración de su herencia para vivir de ella. La vinculación de Carande con Extremadura es con sus fincas. En muchas ocasiones posteriores dirá que no conocía bien Extremadura, a pesar del gran afecto que le tenía a aquella tierra olvidada de Dios²².

El 23 de diciembre de 1940 fue conminado desde el Ayuntamiento de Almendral por la Junta Agrícola de esta villa a aplicar el plan establecido de cultivos en su finca de Valmojado, cuya explotación directa corre de su cuenta. Con una extensión ésta laborable de 200 ha, se le obligaba a barbechar este año por el sistema de cultivo o rotación al tercio, la extensión de 66 ha. Acción que la presidencia de la Junta esperaba cumpliera en razón «de su patriotismo en cumplimiento entusiasta de cuanto se le ordena, evitando con tal plausible proceder la imposición de las sanciones a que se refiere la Ley de 5 de noviembre último». Oficio al que, al día siguiente, contestó don Ramón, señalando que ya habían comenzado las operaciones de barbecho en Valmojado. «Resuelto como estoy, naturalmente, a cumplir lo ordenado y hacer cuanto de mí dependa para lograr satisfacción a la urgente necesidad de productos de la tierra que la ley de 5 de noviembre aspira a remediar». Pero, asimismo, solicitaba «la colaboración y los medios propicios para estas labores que se me ofrezcan, como en ella se previene por lo que espero se sirvan comunicarme cuáles me alcanzan»²³.

Por aquellas fechas intentó plantar una viña en Capela. Hizo una solicitud para ello, que le fue denegada porque estaba prohibido utilizar «terrenos de buena calidad, aptos para la siembra de cereales, que ahora más que cuando se dictó la disposición, se quiere incrementar, habiendo en cambio exceso de uva y aceite para las nuevas necesidades nacionales». De todo ello está muy al tanto don Ramón, gracias a un señor de Badajoz, de nombre, Espárrago²⁴.

En su primer trabajo de investigación, *Sevilla, fortaleza y mercado* –un estudio sobre una ciudad– Carande, curiosamente, defendió la tesis de sus maestros alemanes, según la cual, la comunidad rural de los vecinos era la célula originaria de la ciudad. Bien sabía, por otra parte, que la ciudad –estudiada con rigor y precisión– no podía explicarse sin su alfoz, que en su caso era de una extensión tan grande que comprendía hasta el sur de su tierra pacense. Sus tierras proporcionaban lo necesario para el mercado de la ciudad. De la misma manera que los patricios de ésta extendieron sus intereses sobre el campo, robusteciendo los vínculos de su dominio sobre los campesinos. A lo que se agregaba el aspecto militar, tan importante como el económico, con sus castillos y fortalezas²⁵.

Su conocimiento del pasado, tan profundo, junto con el del campo, le llevó a afirmar que «del oxígeno de nuestros campos, en gran parte yermos –no por incuria–, de su nativa flora, rica en aromas penetrantes, de la configuración orográfica de España, de las vertientes socavadas de nuestros ríos, de los extremismos de nuestro clima, de nuestras sierras bravías, está vitalizada la raza».

Bien supo que de campesinos y ganaderos era el nombre de héroes y santos que España había dado al mundo: «Anónimos

²² Hoy. *Diario Regional de Extremadura*, 27 septiembre 1983. «No conozco bien Extremadura; me da la impresión que es la región más olvidada de España por culpa de los mismos extremeños que no han insistido bastante para que se ocupen de ella. Una región que no ha tenido nunca nada y tampoco se lo han dado». Ya viejo se jactará también de no conocer «la realidad del campo extremeño»: «No, yo no conozco más que lo que sufre mi hijo con «Capela».

²³ RAH, 33, 9/9010. Oficio del Ayuntamiento y contestación sellada de Carande, Almendral 24 diciembre 1940.

²⁴ RAH, 33, 9/9010. Manuel (¿), Badajoz 11, septiembre 1939.

²⁵ Sorprendentemente, el caso de Sevilla no demostraba la teoría de von Below, según la cual la ciudad surge cuando el rey da tal categoría al núcleo gobernado por la comunidad de vecinos o concejo.

y olvidados muchos que, siendo innumerables, no encontraron en la fama heraldo, ni mención en el santoral». Su interés por la agricultura y la ganadería constituyen una obsesión en su obra: «Las razones agrarias del país, del imperio, le obsesionan»²⁶. Hurgando en los maestros alemanes, se interesa por el «régimen primitivo de explotación», que Hansen denominó *Feldgrasswirtschaft*, «cultivo de rapiña»²⁷.

Conocedor de los problemas del campo andaluz y extremeño, de los campesinos y de los pastores, sabrá explicar cómo fue esta realidad una de las raíces de las grandes empresas de la historia española. Una agricultura que por deficitaria provocó un éxodo rural a otros confines; y un pastoreo que explica la conquista americana. Con la particularidad de que estos últimos no sólo sirvieron para conquistar el continente americano, sino para describirlo: «Los ojos del pastor no pierden detalle de cuanto les descubre su vagar continuo». En ellos está la clave de esta descripción del Nuevo Mundo que culminó en escritores como Oviedo o Acosta. En el fondo fue la economía pobre y defectuosa la que a los españoles les lanzó fuera de casa. En los mares de Italia hallaba Dante *l'avara povertà di Catalogna*, lo mismo que tres siglos más tarde Quevedo, como recuerda Carande, cita la «hambre imperial» de los españoles de su época»²⁸.

En sus escritos históricos ha probado cómo ya en los tiempos de los Reyes Católicos es decisivo el estado desfavorable de nuestra agricultura, «de labradores pobres sobre tierras cansadas, que careciendo de recursos no podían cultivar a fondo, ni utilizar brazos extraños al hogar, y que tenía, de otra parte, en su cumbre señorías latifundistas». Una agricultura que provocó un «éxodo rural, lanzando sobre otros confines a los desocupados».

Especialmente le intrigan los pastores, sobre quienes sostiene que, en la historia, pastoreo y guerra han sido «ocupaciones solidarias». Pues ha sido el pastor de la medieval Mesta el que se prepara para ser guerrero. Su «independencia —explicará— hijuela de la sobriedad, engendra su sed de mando, su afán de señorío o, por circuitos misteriosos, el misticismo ascético, los anhelos de eternidad». Recordará que los pastores son *abelitas*, como decía Unamuno. Pues fueron ellos los que sirvieron no sólo para conquistar el continente, sino para describirlo: «Los ojos del pastor no pierden detalle de cuanto les descubre su vagar continuo». Don Ramón sabe mejor que nadie que, en el fondo, ha sido y es la economía pobre y defectuosa la que a los españoles les lanzó siempre fuera de casa.

Sabe, como pocos, de las sociedades o cooperativas de campesinos llamadas «benéficas», cuyos estatutos se hicieron para evitar los constantes pleitos por los terrenos ejidales que muchas veces los alcaldes arrendaban e incluso vendían a particulares. Se organizaron en varios pueblos de su entorno extremeño: Jerez de los Caballeros, Oliva de Jerez, Higuera de Vargas, Torre de Miguel Sesmero, Barcarrota y alguno más. En algunos de los cuales, donde el terreno de los ejidos no alcanzaba para las necesidades de los agremiados, rentaron a particulares fincas grandes.

El campo, en particular las tierras extremeñas —que llevaron a las Indias a sus hombres como conquistadores en tiempos del emperador—, será el telón de fondo de la revista *Capela*, que, a partir de 1957, edita, escribe y dibuja desde Almendral su hijo Bernardo, «el filósofo agricultor», como le presenta el padre ante don Pedro Sainz Rodríguez²⁹. Una publicación propia en la que las ideas y las imágenes fluyen, siguiendo su curso libre, sin comas ni demás imposiciones sintácticas y gramaticales inventadas por los académicos, después que el pueblo lo inventó de verdad. Aparte de ser un escape perfecto para no ahogarse en las restricciones de opinión y de libertad presentes en todas partes. Una publicación



RAMÓN CARANDE CON INTELLECTUALES Y AMIGOS

que pretende ser periódica, que Carande envía a sus amigos intelectuales, españoles y extranjeros, quienes le dicen que la leen «con mucho interés».

En febrero de 1967, cuando José A. Muñoz Rojas —poeta del campo, con un pie en el Banco Urquijo y otro en la Antequera de *Las cosas del campo*— le escribe desde la Sociedad de Estudios y Publicaciones para felicitarle por haber concluido la redacción final del *Carlos V*, tiene un recuerdo para el campo. Como lo conoce, sabe de la preocupación del historiador por la tierra, y por sus tierras. Así que espera recibirlo cuando vaya por Madrid a mediados de febrero con el libro, «una vez que haya cumplido con esos almendros extremeños a quienes les estará haciendo tanta falta el agua como a todo el resto de nuestros campos»³⁰. A la pregunta del mismo Muñoz Rojas de de dónde había salido don Ramón, respondía que él no era el «ramón de un olivo, no la rama, que es cosa de árboles menores y corrientes», porque en Palencia no había olivos. «Usted, don Ramón, es una encina, un roble caminante, un fenomenal árbol humano»³¹.

En 1968 un periodista gallego sorprende al historiador, que ha pasado unos días en Compostela, en el coto ferial de Santa Susana, que visita no con el afán de adquirir un semental, sino por su interés de conocer este mercado del jueves, que es un testimonio de las tradiciones mercantiles. Como el periodista le somete a un interrogatorio excesivo, termina diciéndole que «¡Qué buen gallego es usted!». Al preguntarle si era gallego, la respuesta del historiador, que habla como un campesino, es la de que «quisiera serlo». Y cuando aquél le pregunta qué es para él la retranca, la respuesta no es otra que la de «que me gusta más que la tranca [el palo]»³².

En 1975, al recibir una carta de don Ramón en que éste le manifiesta su angustia por las consecuencias de la sequía sobre el campo, el joven historiador Fontana le contesta que comprende tanto la gravedad de la que le habla como «lo difícil que es luchar al frente de una explotación agraria cuando no se es ni latifundista ni explotador de hombres». A lo que agrega: «Créame que le deseo la mejor suerte, porque veo cuánto le importa a usted el esfuerzo de su hijo»³³.

Más tarde, aunque sin perder el interés por sus propiedades, se liberó del trabajo de llevar éstas al distribuir las en vida entre sus hijos. Aunque seguirá pasando las vacaciones navideñas en Capela, como en su época de niñez, donde tiene chimenea francesa, la que proveyó su abuela, calentándose a la lumbre de los troncos chisporroteantes de encina, mientras habla de los problemas del campo³⁴. A su tiempo allí le llamará sus «temporadas campestres»³⁵.

³⁰ RAH, 13, 9/8990. J. A. Muñoz Rojas, Madrid, 6 febrero 1967.

³¹ MUÑOZ ROJAS, J. A., «¿De dónde sale don Ramón?», *Ínsula*, núm.479 (1986), 4.

³² *La voz de Galicia*, sábado 22 de marzo 1968. El artículo se lo envía desde Santiago su amigo Camilo Barcia Trelles, Director del Seminario de Estudios Internacionales «Alvaro Pelayo».

³³ RAH, 11, 9/8988. Fontana, Valencia, 18 febrero 1975.

³⁴ *Biografía ilustrada*, 207.

³⁵ SAINZ RODRÍGUEZ, P., *Semblanzas*, 128.

²⁶ CARANDE, R., «Prefacio» a *Estudios de Historia*, I, 9.

²⁷ *Estudios de Historia*, 21.

²⁸ TOVAR, A., «La preocupación por la economía», en *Gaceta ilustrada*, 25 enero 1970. Comentario al primero de *Siete estudios de historia de España*.

²⁹ SAINZ RODRÍGUEZ, P., *Semblanzas*, 126 (Carande a Sainz, Lisboa, Hotel Fenix, 20 agosto 1966).

Pero el campo lo lleva en la sangre la familia Carande. Cuando, a propósito de la novela *Suroeste* de Bernardo Víctor, Jorge Guillén le pregunta a éste sobre las razones, si las había, familiares del argumento, la respuesta es manifiesta:

Sí las hay, por doble inevitabilidad, la de ser español, e hijo de ilustrado. Ilustrado institucionista, algo 'tan malo' como a la francesa. Posiblemente (cotejo la andanza de mi protagonista con las mías) aún peor esta última. Y en el fondo, el campo: Desde el punto de vista que yo más me sé, el agrario, por estos veinte últimos años que me llevo a su alcance, no sólo no se ha dado pie con bola, sino que la bola, el campo, cada vez está más apenado. Los pesares humanos caen sobre él, desde la injusticia al olvido, pasando por la impaciencia, la incompetencia, la demagogia y toda la surtida gama de los setecientos pecados capitales³⁶.

Al final de sus días algunos periódicos lo presentan como «hijo de abogado y propietario de fincas en Extremadura»³⁷. En el álbum familiar, o en las fotografías que en los últimos años de vida publican los periódicos en innumerables entrevistas, aparece don Ramón en su finca, con pose de propietario más que de intelectual. Su hijo habla del entorno campero que le rodea, de portón afuera, con la huerta, la alberca y la noria, sin quererse perder ningún año el florecer de «sus» almendros³⁸.

En no pocas de ellas, aparece rodeado del ganado porcino que cría en medio de las encinas de la dehesa, de donde su preocupación de siempre por las sequías y la despoblación de la foresta («Nos quejamos de que no llueve y hemos arrancado todas las encinas del sur de España y para sustituirlas hemos plantado eucaliptus que chupan toda el agua de la tierra»). Gusta presentarse como un campesino hasta cuando aparece en su butaca, fumando una pipa que no echa humo.

En abril de 1986, cuando se fracturó el fémur en Sevilla, los periódicos dan la noticia de que «Carande quiere volver pronto a Capela y recuperar la indumentaria campesina». A la familia la cuida como fiel cocinera desde 1953 una campesina, de nombre María, de la población extremeña de Salvaleón, que conoció a don Ramón y familia en su finca de Valmojado³⁹.

Uno de sus acicates será volver a Capela, de que tanto les ha hablado a sus amigos, y que siempre lleva en el recuerdo. Es la finca de su madre, en el pueblo que hizo suyo su padre, Almendral, la Almenara de *Don Manuel o la agricultura*, hermoso libro que Bernardo Carande escribió en homenaje al abuelo, el padre de don Ramón.

Cuando don Ramón, finalmente, murió en el campo, en la finca de su padre y de su abuelo, fue enterrado el 1 de septiembre de 1986 en su pueblo como un campesino, con su bastón, su boina y flores de su finca. Con manifiesta inexactitud, algunos periódicos publicaron que «los restos de Ramón Carande reposan en una aldea extremeña»⁴⁰; mientras otros comentaban que «era el último intelectual vivo de la República»⁴¹. Su hijo declaró a los medios de comunicación: «Él quería morir en su campo, en su finca, sin comunicación alguna, en silencio»⁴². Pero, *non omnis moriar* (Horacio, *Odas*, III, 30, 6).

³⁶ RAH, 21. o/8998. Bernardo a Jorge Guillén, Sevilla, 4 diciembre 1974.

³⁷ *Diario de Navarra*, viernes, 5 julio 1985. Este periódico, al subrayar la influencia provinciana en la obra creativa de algunos grandes maestros españoles, compara el caso de Carande con Sevilla y Extremadura con el de Villalonga y Mallorca, Joan Fuster y Valencia, Delibes y Valladolid o Cunqueiro y Galicia.

³⁸ *Biografía*, 216.

³⁹ *Diario 16*, 5 mayo 1986.

⁴⁰ *La Voz de Asturias*, 2 septiembre de 1986, p. 19.

⁴¹ *Las Provincias*, Valencia, 2 septiembre 1986; *El Adelanto*, Salamanca, 2 septiembre 1986; *Canarias*, Las Palmas, 2 septiembre 1986.

⁴² *Diario 16 Andalucía*, 2 septiembre 1986.



VIDA Y COSTUMBRES DE LOS URSAONENSES EN EL REINADO DE ISABEL II A TRAVÉS DE LOS BANDOS Y EDICTOS MUNICIPALES (Y II)

Por

JOSÉ MANUEL RAMÍREZ OLID
Doctor en Historia

IV. FERIA

U n bando publicado por el alcalde Arcadio Barra y Pera¹ en vísperas de Feria, y que sería reproducido en los tres años siguientes, daba una serie de pautas a seguir durante los días en los que el pueblo se convertía en mercado provincial. Según se desprende del mismo, el reparto del espacio destinado a los puestos de venta ambulante, elemento indispensable en toda feria, provocaba serias disputas entre los vendedores. La primera autoridad local delegaba en sus tenientes para que ellos realizaran la distribución y colocación de los tenderetes y resolvieran «la disputas que sobre este punto se originen», a la vez que recordaba que no podían instalarse puestos en la acera derecha de la Carrera «desde la esquina del exconvento de Santo Domingo».

La feria, entonces, era un mercado de ganado al que concurrían tratantes de la comarca principalmente; de ahí que la mayor parte del bando esté dedicada a las caballerías. El tránsito de estas por las calles del pueblo con dirección a la feria, ocasionaba atropellos y disturbios cuando lo hacían en grupo y al trote o galopando. Por ello, se recuerda a los dueños o encargados de conducir al ganado caballar, asnal o mular que circule por las calles «a paso sentado y siempre del diestro al pasar por el arco de la Pastora, para evitar tropelías y desgracias». Igual prohibición se hacía extensible a los carruajes que circularan por la población.



1. ARCO DE LA PASTORA (s. XVIII).
(FOTOGRAFÍA: ARCHIVO DE MIGUEL CABALLO OROZCO)

¹ Bando de Arcadio Barra y Pera, 10, mayo, 1959